

EL PULSO DEL PLANETA

Una lengua, una conducta

Cada vez más expertos defienden que el idioma en el que se habla influye en la manera de ser de las personas

ANA MELLADO
LONDRES

El joven Alex Rawlings podría recorrer media Europa y entablar una fluida conversación con nativos de cada país sin abrir un diccionario. A sus 21 años, este londinense que se desenvuelve a la perfección en once idiomas, ostenta el título de «estudiante más políglota de Reino Unido». Entre las lenguas que domina el enemigo acérrimo de las traducciones figura el español, inglés, ruso, alemán, francés, italiano, griego, hebreo, holandés, afrikáans y catalán, seis de los veintinueve más hablados en el mundo. «Creo que cada idioma tiene una personalidad marcada. Por ejemplo el griego y el español tienen un carácter muy parecido. Los dos son muy animados, alegres. El holandés y el alemán son más formales, metódicos y reservados», explicaba en un popurrí de lenguas, durante la grabación de un vídeo en el que exhibía su potencial para interceder en la Torre de Babel.

Ahora bien, ¿hasta qué punto se acaban desdibujando los límites entre el idioma y la persona-

lidad? Benjamin Lee Whorf, un renombrado lingüista norteamericano que falleció en 1941, presentó la teoría de que las personas bilingües o políglotas tienden a exhibir diferentes ideas y visiones del mundo influenciadas directamente al hablar un idioma u otro. Aunque este planteamiento, conocido como «whorfianismo», ha sido rechazado por muchos expertos, los casos particulares tienden a ratificarlo. Investigadores de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee estudiaron a grupos de mujeres hispanicas, todas bilingües, descubriendo cambios significativos en la percepción. Una de las consultadas, por ejemplo, consideró al personaje principal de un spot publicitario como una mujer independiente y arriesgada en la versión en español, pero como desesperanzada, solitaria y confundida en la versión en inglés.

Según un reciente artículo publicado por The Economist, existen dos tipos de bilingüismo. La mayoría de las

personas que habla dos idiomas de forma fluida son bilingües asimétricos, es decir, han aprendido un idioma en casa y posteriormente, en la escuela asimilaron el segundo. Este grupo al hablar su primera lengua adopta una actitud más relajada, espontánea y menos rígida, mientras que la segunda conlleva un proceso mental más pausado. En el caso de los bilingües interculturales, que han aprendido ambos idiomas al mismo tiempo en casa y están familiarizados con las dos culturas, los estudios psicológicos apuntan a que siempre

hay un idioma que se relaciona más a aspectos emocionales y otro a entornos laborales.

Cada lengua acaba por perfilar una actitud o comportamiento. Los griegos se expresan en un tono muy fuerte y se interrumpen entre sí muy a menudo, debido a su gramática y sintaxis. Al comenzar sus frases con verbos, que incluyen siempre una gran cantidad de información, después de la primera palabra ya saben de qué se habla y se tiende a entrecortar más, según Athanasia Chalari, investigadora de la London School of Economics (LSE). Los alemanes creen que colocar el verbo al final de la oración otorga una apariencia más lógica al lenguaje. El francés siempre ha gozado de un gran rigor y precisión, supuestamente inigualable, hasta el punto de que un grupo de ilustres intelectuales franceses lo propuso como idioma oficial único en la Unión Europea.

Una misma mujer era percibida como arriesgada en español y desesperanzada en inglés



BEDANKT! GRACIAS! GRAZIE!
KÖSZÖNJÜK! DANKE! TĀNAME!
HVALA! TAKK! KITOS!
THANK YOU! TACK! PALDIES!
OBRIGADO! MERCI! TESEKKÜR!
DAKUJEME! ZAHVALA!



VISTO Y NO VISTO

IGNACIO
RUIZ-QUINTANO

SERENOS

Si todo esto es lo que «el Estado de Derecho» puede hacer por uno, lo que queda es que lo único útil es lo de Olarra

Con la suelta de Troitiño, el Dexter de Hipercor, se ahonda, dicen los tertulianos, la derrota etarra, con el gobierno en su papel de sereno, o sea, los etarras haciendo plas-plas y los ministros del chuzo, que son Fernández y Gallardón, corriendo a abrir la puerta.

Ay, esas «carreritas competenciales» (¡ministros competentes!) que el domingo glosaba Ignacio Camacho: al leerlo, uno se figuraba al juez Marlasca, eclesiástica su fineza, un poco como Pemán a San Juan de la Cruz en la Nochebuena en que salió al pasillo «como un loquillo de atar, meciendo al Niño en sus brazos, bailando y cantando una cancióncilla de amores aldeanos», que todo en la movida etarra es aldeano:

—Si amores me han de matar / jagora tienen lugar...!

Sólo que aquí el Niño que lleva en sus brazos es «el Estado de Derecho».

Las «carreritas competenciales» constituyen la carrera de fondo del logrero hispanico: en el alfonsismo, en el primorriverismo, en el azañismo, en el franquismo, en el felipismo, en el aznarismo, en el zapatismo y en el marianismo.

Ya sabemos lo que querían los gobiernos cuando, después de cada atentado, pedían serenidad: la del sereno para abrir la puerta a los Dexter de la democracia, pues Estrasburgo sólo es la manzana (texto y pretexto) que el barbero mete en la boca del señor al que va a afeitar.

Puestos a correr, podían darse la misma prisa en exigir de Estrasburgo, ya consumada la «derrota etarra», el cierre de la Audiencia Nacional, tribunal de excepción que repugna a la mentalidad democrática.

Y si todo esto es lo que «el Estado de Derecho» puede hacer por uno, lo que queda es que lo único útil, pudiéndoselo pagar, es lo de Olarra, o su mito, resumido en un corrido de Cuco Sánchez: «Por caja quiero un sarape, / por cruz mis dobles cananas / y escriban sobre mi tumba / mi último adiós con mil balas...»

Al final, te van a llamar fascista igual, pero en lo que importa, que es conservar la piel, parece mano de santo.